

# C U A T R O P O E M A S

---

## I

### JORNADA DE LA SOLTERA

**D**A VERGÜENZA estar sola. El día entero arde un rubor terrible en su mejilla. (Pero la otra mejilla está eclipsada.)

La soltera se afana en quehacer de ceniza,  
 en labores sin mérito y sin fruto  
 y a la hora en que los deudos se congregan  
 alrededor del fuego, del relato,  
 se escucha el alarido  
 de una mujer que grita en un páramo inmenso  
 en el que cada peña, cada tronco  
 carcomido de incendios, cada rama  
 retorcida es un juez  
 o es un testigo sin misericordia.

De noche la soltera  
 se tiende sobre el lecho de agonía.  
 Brota un sudor de angustia a humedecer las sábanas  
 y el vacío se puebla  
 de diálogos y de hombres inventados.

Y la soltera aguarda, aguarda, aguarda.

Y no puede nacer en su hijo, en sus entrañas,  
 y no puede morir  
 en su cuerpo remoto, inexplorado,  
 planeta que el astrónomo calcula,  
 que existe aunque no ha visto.

Asomada a un cristal opaco, la soltera  
 —astro extinguido— pinta con un lápiz  
 en sus labios la sangre que no tiene.

Y sonrío ante un amanecer sin nadie.

## II

**¿Q**UÉ HAY MÁS débil que un dios? Gime hambriento y husmea  
 la sangre de la víctima  
 y come sacrificios y busca las entrañas  
 de lo creado, para hundir en ellas  
 sus cien dientes rapaces.

(Un dios. O ciertos hombres que tienen un destino.)

Cada día amanece  
 y el mundo es nuevamente devorado.

## III

Los ojos del gran pez nunca se cierran.  
No duerme. Siempre mira (¿a quién? ¿a dónde?)  
en su universo claro y sin sonido.

Alguna vez su corazón, que late  
tan cerca de una espina, dice: quiero.

Y el gran pez, que devora  
y pesa y tiñe el agua con su ira  
y se mueve con nervios de relámpago,  
nada puede, ni aun cerrar los ojos.

Y más allá de los cristales, mira.

## IV

## AGONÍA FUERA DEL MURO

**M**IRO LAS HERRAMIENTAS,  
el mundo que los hombres hacen, donde se afanan,  
sudan, paren, cohabitan.

El cuerpo de los hombres prensado por los días,  
su noche de ronquido y de zarpazo  
y las encrucijadas en que se reconocen.

Hay ceguera y el hambre los alumbra  
y la necesidad, más dura que metales.

Sin orgullo (¿qué es el orgullo? ¿Una vértebra  
que todavía la especie no produce?)  
los hombres roban, mienten,  
como animal de presa olfatean, devoran  
y disputan a otro la carroña.

Y cuando bailan, cuando se deslizan  
o cuando burlan una ley o cuando  
se envilecen, sonríen,  
entornan levemente los párpados, contemplan  
el vacío que se abre en sus entrañas  
y se entregan a un éxtasis vegetal, inhumano.

Yo soy de alguna orilla, de otra parte,  
soy de los que no saben ni arrebatar ni dar,  
gente a quien compartir es imposible.

No te acerques a mí, hombre que haces el mundo,  
déjame, no es preciso que me mates.  
Yo soy de los que mueren solos, de los que mueren  
de algo peor que vergüenza.  
Yo muero de mirarte y no entender.